

AEROPUERTO

Luis Lucia, 1953

Cada día, miles de personas confluyen en el aeropuerto de Madrid. Luis y Lilliane acompañan a sus respectivos jefes, Fernando es un piloto que acaba de llegar con el encargo de entregar una niña a unos familiares, Ceferino y Albertina han ganado un viaje a Paraguay, Manolo es un taxista golfo que esquilma a los turistas ingenuos y forrados, Santiago es un exiliado que regresa entre el temor y la añoranza... Todas las historias se resuelven de un modo agradable gracias a la bonhomía generada por el régimen durante la posguerra.

Ejemplo de película rancia, misógina, folkórica y propagandística del régimen. Tras una introducción entre llevadera y cargante, como corresponde al astracán, todo se encamina a esconder la miseria y el horror de la posguerra bajo un barniz de felicidad y bonhomía. Los exiliados pueden y deben volver porque aquí serán recibidos con los brazos abiertos y podrán disfrutar de mayor libertad que en cualquier otra parte del mundo. Para resolver las tensiones afectivas dentro del matrimonio basta con que la mujer acepte su papel de reposo del guerrero y reciba a su marido con una sonrisa, lo lleve hasta el sillón, le traiga las zapatillas, le sirva un café y lo relaje (rascándole la cabeza, que la censura no permitía otras efusiones). En el caso de que la mujer salga peleona se la deja y santas pascuas. Para remate, bienaventurados los subordinados que planten cara a sus jefes porque recibirán un aumento. La postal folklorica corre a cargo de Juanita Reina, que interpreta *Yo soy esa*, zambra de Quintero, León y Quiroga que formaba parte de su espectáculo *El puerto de Los Amores*, estrenado en 1952 (ver letra al final de este artículo). Estomagante, pero eficazísima por el ritmo, la interpretación y algún que otro gag.

INTRODUCCIÓN

(A dos voces, ritmo frenético y estridencia de mercader)

Ustedes se preguntarán, ¿qué tiene que ver este padre e hijo prehistóricos con una película que se titula *Aeropuerto*? Pues sí que tiene que ver, porque antes, mucho antes de que se hubiese inventado el mixto de Guadalajara, los hombres ya habían inventado el viaje.

[Un troglodita con un niño.] En los albores de la humanidad, los señores viajeros ya contaban con el más original medio de locomoción y transporte: observen estos dos instrumentos llamados piernas que, movidos alternativamente, un, dos, un dos, hacían avanzar el resto del cuerpo hasta que el resto del cuerpo, que casi siempre llevaba barba, alcanzaba la meta de su viaje. Cuando el resto del cuerpo no llevaba barba se cansaba mucho antes.

Un día, el papi antediluviano tuvo que cargar con el bebé prehistórico, y así nació el primer vehículo de tracción animal, y que el de la

barba nos perdone la manera de señalar. Pero las cosas no podían quedar así. Ante las peludísimas barbas de nuestro amigo aparecieron un par de asnosaurios rebuznadores coceantes con dos patas atrás y dos delante. Pero vean la despierta inteligencia de nuestro marconi histórico. Y el tío feo este se formuló el siguiente problema: si sus dos delicadas piernecitas habían resistido el peso del niño cuaternario, las cuatro patas del asnosaurio bien podían sostenerle a él. Y he aquí, amigos, la explicación práctica de tan ingeniosa y brillante deducción. ¡Día de gloria en la historia de la humanidad, tilín-tilín, tilín-tilán! ¡Se había inventado el segundo vehículo de tracción animal!

[Un egipcio con tres sandías.] Aunque no lo parezca, esto es Egipto. Palabra de honor. Dicen que los grandes inventos se deben a la casualidad. Este mangante del Alto Nilo volvía un día de las pirámides de hacer la compra de sandías y vean: tropezó, la sandía salió rodando y, gracias a este incidente, pudo haber nacido el fútbol. Pues no nació el fútbol. Ante aquel extraño fenómeno, don Cleopatro Tolomeo se dio cuenta de que la rueda estaba aún por inventar. Repitió la prueba y el melón segundo rodó como el primero. Y como aquello rodaba, rodaba, rodaba... inventó la rueda. Qué talentazo! Lo demás ya fue sencillo: una rueda, dos ruedas redonditas y un eje, y una tablita para aposentarse, ¡y el carro! El carro es hijo de una sandía que salió rodando. La fórmula del transporte era siempre la misma: un solípedo en un extremo, la rueda en otro, y el hombre, que era más listo que el solípedo, encima.

[Una diligencia americana.] Durante muchos siglos, la humanidad anduvo sobre ruedas porque ¡ah, hermanos míos de mi corazón!, ya lo veis: contra pereza, diligencia. Bueno, no te pongas así. Este plano lo ponemos porque nos viene sobre ruedas, porque es bonito y, también, para que piensen dónde se puso el que llevaba la cámara.

[Un tren en marcha.] ¡Santo Dios! ¿Qué es aquello que viene silbando y pitando, que parece un tren? Tiene ruedas, ¡pero anda solo, sin burros que tiren de él, sin que nadie lo empuje! ¡Albricias, señores! ¡El retraso termina de inventarse! ¡Ante ustedes, el ferrocarril! ¡El monstruo de hierro que devora las distancias y que, fundamentalmente firme, para no llegar a Venta de Baños a las 14:52. Pero vean lo que apareció rodando por esa carretera el día que el tren rompió la esclavitud de los raíles. Basta ya de ir y venir siempre por el mismo sitio: ¡el automóvil! Y, con el automóvil, la prisa se elevó a la enésima potencia. ¡Más árboles por minuto! ¡Más kilómetros por hora! Pero el hombre tenía más prisa, más prisa aún.

[Un avión despegando.] Observen lo ocurrido el día en que a un egipcio de nuestro tiempo, que tenía más prisa que nadie, se le ocurrió ponerle alitas a un autobús de dos pisos. Nada más y nada menos que tuvo la osadía de levantar unas ruedas del suelo y salir volando. ¡Ah, si nuestra abuelita, la pobre, levantara la cabeza! Sí, los tiempos han cambiado. El hombre, realizando la ecuación perfecta del "viaje más pronto y más lejos", se dedicó a trazar caminos por el espacio, caminos que, como los ferroviarios, también tienen sus estaciones donde los grandes expresos del aire reposan su fatiga de horizontes. Las viejas topografías de los tiempos de Marco Polo se han convertido en algo tan familiar como la Cibeles, el Tibidabo, el Miguelete o la Giralda. Y si por la mañana nos apetece podemos merendar una tortilla de patatas en las estribaciones del Himalaya con el gran lama del Tibet. ¡Sí! Todo se reduce a meternos en el avión que nos convenga y pedir a la aeromoza que nos avise en la primera parada del Asia. ¿Qué? ¿No se deciden a volar? ¿No

les gustaría llegar a Madrid confortablemente instalados en este potente cuatrimotor? ¿Venir de Londres vía París como cualquiera de estos pasajeros que aún parecen rebozados en la niebla del Támesis y que ya se deleitan pensando en la luz brillante de España? Desde el avión, las ciudades ofrecen su plano en el que usted podrá situar fácilmente la iglesia donde contrajo matrimonio, la casa de tita Margarita o el museo del Prado sin necesidad de preguntar a un guardia.

[Mujer joven fumando a bordo del avión] ¡Uyyy! Ha hecho bien mademoiselle en retirarse de la ventanilla: la podrían descubrir desde abajo y comenzar a piroppearla antes de tomar tierra. Aseguran que las corrientes turísticas estrechan las relaciones entre los pueblos. ¡Jajay! Ahora comprendemos por qué. Les presentamos a Mr. Fogg. Tuvo que interrumpir su partida de golf para venir a Madrid en viaje de negocios, ¡qué fastidio! Él, en realidad, está siempre un poco fastidiado.

[El avión inicia el aterrizaje.] Pero el viaje concluye, y es cuando los pasajeros reciben la penosa impresión de que su estómago es una especie de balón de fútbol en el momento del penalty. Y cuando, ante sus ojos, la red de pistas del aeropuerto se convierte en un jeroglífico sin solución pensamos si acertará el piloto a introducir el avión por la pista conveniente. ¿No se equivocará con tantas rayas y rayitas y aterrizará en la calle Leganitos esquina a Manuel Becerra?

[Torre de control.] -Al habla Barajas, atención al avión procedente de Londres. Utilice pista número tres, pista número tres. -¡Qué manera de zumbar! Han ganado siete minutos. -García el piloto, que tiene la novia en Madrid. Ya verás cuando la tenga en Londres. -También la tiene en Londres.

Y, casi conducido de la mano, el potente avión que llega de Londres toma contacto con la misma facilidad que usted pisa un juanete a un viajero en las apreturas del metro o el felpudo del portal cuando vuelve de la oficina. Las hélices se han parado después de millones de vueltas, el viaje ha terminado y aquí es donde comienza nuestra historia. Porque, mezclados con esta legión de viajeros, llegan a Madrid dos personas que nos interesan: la señorita Lilliane, ¡guapa ella!, y vean ahí detrás a Mr. Fogg, ¡malhumorado él!, que de un momento a otro, quieran o no, dará un mayúsculo tropezón. [Voz anglófona.] "¡Oh, si en España hacer mejores suelos, no haber tropezones! ¡Organización muy deficiente!"

FRAGMENTOS

El exiliado: reconciliación, exaltación del piropo y el vino

13:50. *En la comisaría del aeropuerto*

- Agente: ¿Es usted don Santiago Beltrán?
Beltrán: Sí, señor.
Agente: El comisario de policía quiere hablar con usted. Pase, haga el favor (...) Le veo muy nervioso (...) ¡Ah, ya comprendo! Usted es de los que se largaron de España al acabar la guerra. Y no para hacer el turismo, precisamente.
Beltrán: Oiga, pero hay que tener en cuenta que yo he tenido durante la guerra un cura escondido en mi casa. Y, además, le daba de comer lentejas.

Entra el comisario. Beltrán se levanta para darle la mano, preguntarle por la familia y contarle lo del cura escondido en su casa.

- Beltrán: ¿No conoce usted a don Prudencio Arcos? El capellán de las Clarisas de San Onofre. ¡Un santo, un verdadero santo! ¡Si viera usted con qué devoción rezábamos el rosario todas las tardes!
Comisario: Me parece muy bien. Aquí veo que vive usted en Cuernavaca.
Beltrán: Sí, señor. En Cuernavaca tiene usted su casa.

El comisario tiene un hermano en Cuernavaca y pide a Beltrán que le lleve un "sonajerito" (el comisario es así de tierno) para su sobrina, recién nacida.

- Beltrán: *(Aliviado)* Venga acá ese paquete, que yo le llevo el sonajero a su sobrinita y las campanas de la catedral de Burgos, si es necesario. ¡Pues no faltaba más! *(Suspira)* ¡Vaya un ratito que me ha hecho usted pasar!
Comisario: ¡Ah, ya comprendo! ¡Ja, ja, ja! Un poco de mieditis, ¿no?
Beltrán: Mieditis, no. ¡Pánico, señor comisario!
Comisario: Pues no hay razón, amigo. Sabemos perfectamente quién es usted y de qué pie cojea, pero que no cojea demasiado. Mi hermano es más cojo que usted, y ya ve, es mi hermano y le mando un sonajerito. Puede usted quedarse o marcharse tranquilo.
Beltrán: Muchas gracias, señor comisario. Ahora mismo me pide usted que lleve un biberón a su sobrinita ¡y dejo sin vacas la provincia de Santander! ¡Palabra!

17:27. *En el mostrador de Iberia, Beltrán es atendido por una señorita.*

- Beltrán: Oiga, señorita, ¿me permite que le diga una cosa?
Señorita: Diga, señor.

Beltrán: (Saca pecho) ¡Guapa!
Señorita: (Sonríe agradecida) ¡Gracias, señor!

41:22. En la tasca, entre risas y chatos de vino.

Beltrán: (Conmovido) Y yo que creía que todo esto se había acabado: el copeo, la partida de dominó, la cazuelita de callos... y ahora resulta que todo me estaba esperando.

12:25. En la tasca, durmiendo la resaca.

Camarero: ¡Eh amigo! ¿Cómo va eso?
Beltrán: (Desperezándose) Superior.
Camarero: Es lo bueno del vidrio, que igual viene que se las pira. ¿Va a tomar usted algo?
Beltrán: Trae una copita de anís, que me lo está pidiendo el cuerpo.
Camarero: No me queda. Si quiere usted una copita de cazalla.
Beltrán: (Entre bostezos) Hombre sí, tráeme una copita de cazalla para matar el gusanillo.
Camarero: De manera que desde el 39 no ha vuelto. ¿Qué tal ha encontrado usted Los Madriles?
Beltrán: Pues hombre, solo le diré a usted una cosa: que después de estar disfrutando trece años de libertad por esos mundos, esta noche es la primera noche que he hecho lo que me ha dado la gana. ¡La realísima gana! Bueno, ¿qué se debe?
Camarero: Nada, amigo. Está usted invitado.
Beltrán: ¿Y eso por qué?
Camarero: En Madrid no hace falta ninguna razón para invitar al prójimo.

Y el avión sale para Londres sin Beltrán, que ha convertido la escala en destino definitivo.

Relación entre jefes y asalariados

1:17:59. El señor Comas y Monsieur Lacombre, dos hombres de negocios, llegan al aeropuerto, donde deben ser recibidos por Luis y Lilliane, sus secretarios.

Comas: ¡Caramba! ¿Dónde se habrá metido mi secretario? No lo veo por ninguna parte.
Lacombre: También me extraña que no haya venido mi secretaria. Ella sabía que yo arrivaba esta mañana. Es extraño porque es una muchacha muy disciplinada, muy cumpli... ¡Ah, aquí está mi secretaria! ¡Pero durmiendo!
Comas: Y ese pelo rubiales que se ve es el de mi secretario. ¡Y también haciendo nada!
Lacombre: ¡Mademoiselle Lilliane!
Comas: ¡Don Luis!

Luis y Lilliane se levantan. Al verse, se abrazan.

Comas: Y bien, Luis, ¿cumplió usted todos los encargos que le hice al salir de Madrid?

Luis: No, señor. Ni uno ni medio.

Comas: ¿Y se atreve a decirlo con esa caradura? ¿Cree que esto se puede consentir?

Lacombre: Sin embargo, seguro que mi secretaria habrá cumplido al pie de la letra mis instrucciones, ¿verdad mademoiselle Lilliane?

Lilliane: ¿A qué instrucciones se refiere usted, monsieur Lacombre?

Lacombre: ¡Pero esto es inaudito!

Comas: ¡Inadmisibile!

Luis: Por favor, un momento, no molesten.

Luis se vuelve a Lilliane y ambos aclaran su engaño mutuo.

Comas: Bueno, ¿qué hacemos?

Lacombre: Despedirlos, ¿verdad?

Comas: ¡Algo peor! Dejarlos tranquilos y subirles el sueldo que es lo que se acostumbra hacer en estos casos.

REPARTO

Idea	José López Rubio y Enrique Llovet
Guion y diálogos.....	José Luis Colina y Luis Lucia
Luis	Fernando Fernán Gómez
Lilliane	Margarita Andrey
Señor Comas	José Franco
Florista	Elvira Quintillá
Fernando	Fernando Rey
María	María Asquerino
Isabel	María Teresa Reina ¹
Criada	Mercedes Muñoz Sampedro
Santiago Beltrán	Manolo Morán
Comisario	Antonio Riquelme
Emilio	Casimiro Hurtado
Mr, Fogg	Fernando Sancho
Manolo	José Isbert
Sereno	Xan das Bolas
Monsieur Lacombe	Félix Fernández
Mendoza	Adriano Domínguez
Quiosquero	Manuel Arbó
Maitre en la boite	Ramón Elías
Lola	Lola del Pino
Vecina	Ana de Leyva
Pepe 'El Tasca'	Arturo Marín
Camarero	Manuel Guitián
Taxista de Isabel	Francisco Bernal
Ramón	Manuel Dicenta
Peña	Valeriano Andrés
Nemesio	Manuel Requena
Quiosquera	Milagros Carrión
Dependiente aeropuerto	Juana Ginzo
Benito	José Sepúlveda
Juanita Reina	Juanita Reina
Dependiente	Antonio Ozores

¹ La niña sabihonda que viene de México es en la vida real la menor de los ocho hermanos de Juanita Reina.

YO SOY ESA
Quintero, León y Quiroga

Yo era luz del alba, espuma del río,
Candelita de oro puesta en un altar.
Yo era muchas cosas que ya se han *perdío*
En los arenales de tu voluntad.
Y ahora soy lo mismo que un perro sin amo,
Que ventea *er* sitio donde va a *morí*,
Si alguien me pregunta que cómo me llamo,
Me encojo de hombros y contesto así:

Yo soy...esa.
Esa oscura clavellina
Que va de esquina en esquina
Volviendo atrás la cabeza.
Lo mismo me llaman Carmen,
Que Lolilla que *Pilá*.
Con lo que quieran llamarme
Me tengo que *conformá*.
Soy la que no tiene nombre,
La que a nadie le interesa,
La perdición de los hombres,
La que miente cuando besa.
Ya lo sabe. Yo soy... esa.

Un mocito bueno, borracho de luna,
Pudo ser la tabla de mi salvación,
Como a ti te quiero, no quise a ninguna,
Te ofrezco la rosa de mi corazón.
Y yo que mintiendo me gano la *vía*
Me sentí orgullosa *der* cariño aquel
Y para pagarle lo que me quería,
Con cuatro palabras lo desengañé.
Yo soy...esa.

Esa oscura clavellina
...
Ya lo sabe. Yo soy... esa.

[Otras películas españolas](#)